

Auge y caída de la globalización

José María Tortosa

Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz de la Universidad de Alicante, España
/ jmtortosa3@gmail.com

Abstract: “Globalization” is a polysemous word. In fact, different authors here presented give different definitions. The paper explores such meanings which are later reduced to three main topics: a specific ideology (globalism), an economic policy (Washington Consensus), and a historical process (world-systemization). The first one deals with a world-view, presenting it in a way coherent with the interests of the world elite. On the other hand, Washington Consensus is a set of economic recipes, emanating from Washington DC, and in a certain way imposed to parts of the world periphery. Finally, both ideology and neoliberal policies are related, but with different internal logic, to the process through which the capitalist world-system has become a world system. From these three points of view, “globalization” is in crisis and it makes sense to speak, instead, of “de-globalization”.

Key words: globalization, globalism, world system, crisis, de-globalization.

Resumen: La palabra “globalización” es polisémica. De hecho, distintos autores aquí presentados le dan definiciones diferentes. El artículo explora tales significados después reducidos a tres grandes referentes: una ideología (el globalismo), una política económica (el Consenso de Washington) y un proceso histórico (la expansión del sistema-mundo). En el primer caso, se trata de una visión del mundo que lo presenta de una forma particular, en coherencia con los intereses de la élite mundial. El Consenso de Washington es un conjunto de recetas económicas, originadas en Washington DC, que, de algún modo, han sido impuestas a algunos sectores de la periferia internacional. Finalmente, tanto la ideología como las políticas neoliberales, aunque con lógicas internas diferentes, están relacionadas con el proceso mediante el cual el sistema-mundo capitalista ha llegado a ser un sistema mundial. Desde los tres puntos de vista citados, la “globalización” está en crisis hasta el punto de tener sentido hablar de “desglobalización”.

Palabras clave: globalización, globalismo, sistema mundial, crisis, desglobalización.

“Globalización” es una palabra cuyo uso es relativamente reciente y más en las ciencias sociales: los clásicos, ciertamente, no la ocuparon y algunos de ellos, como Talcott Parsons, se habrían negado a usarla, ya que, según su opinión, en el análisis sociológico no tenía sentido ir más allá de los límites del “sistema social” que, en la práctica, coincidía con los administrativos del Estado-nación. La sociología marxiana, por su parte, y a pesar de sus análisis sobre el imperialismo, la cadena imperialista o la revolución a escala mundial, solía quedar encerrada en los límites de las “formaciones sociales históricamente determinadas”, igualmente identificadas con el Estado nacional, y más bajo condiciones del “socialismo en un solo país”, es decir, nacionalista y no internacionalista.

En contraste con estas tendencias iniciales, hace 25 años se comenzó a usar el término cada vez con mayor frecuencia en contextos tanto políticos como periodísticos, y también, aunque en menor medida, en publicaciones de tipo académico donde acabó siendo moneda de uso corriente. Iniciando su camino en los últimos años de la presidencia de Ronald Reagan (que fue de 1981 a 1989), la palabra alcanzaría el máximo uso político durante el gobierno de Bill Clinton (de 1993 a 2001). Algunos autores como Andre Gunder Frank o Immanuel Wallerstein negaron desde el principio cualquier valor analítico a tal concepto y con buenas razones (Aguirre Rojas, 2000), pero incluso Wallerstein acabó utilizando la palabra hasta en los títulos de artículos y comentarios (Wallerstein, 2005 y 2008a). Convenientemente trivializada, en 2008 aparece hasta en preguntas de cuestionarios dirigidos al público en general, dando por supuesto que todos los encuestados entienden el significado de una palabra que ha terminado siendo casi de uso común.

El presente trabajo parte de esta constatación para adentrarse después en las ambigüedades que posee este término cualquier cosa menos unívoco. Aun así, la palabra podría ocuparse siempre que quedaran claras las cosas que se pretenden denotar con ella, y aquí se van a presentar tres bloques de posibles significados que aparecen en publicaciones de muy diversa índole. Dichos bloques servirán para mostrar que, en estos 25 años, el uso de la palabra, aunque se siga produciendo y se continúe asumiendo su univocidad y pertinencia, tiene problemas. Esto se podría haber producido, precisamente, por las realidades a las cuales se ha estado refiriendo el término y que, se va a indicar, han cambiado suficientemente durante la presidencia del segundo Bush (de 2001 a 2008) como para que, después del auge que tuvieron, se pueda hablar ahora de una perceptible decadencia.

La decadencia es tan constatable que hasta se podría emplear el término “desglobalización” para referirse a realidades sociales contemporáneas (Bello, 2004) con mayor pertinencia que el término “globalización” que se usaba años atrás. La quiebra de alguno de estos significados podría retrotraerse a 1992, con la crisis de LTCM en los Estados Unidos o a 1995 con el fin de la “burbuja del .com” y, ciertamente, a septiembre de 2003 cuando, en la reunión de Cancún de la Ronda de Doha, Brasil, China, India y Sudáfrica se enfrentaron a algunas pretensiones de los países centrales (Jalife-Rahme, 2007).

Como se verá a lo largo del presente trabajo no sólo el uso de la palabra “globalización” es ya en sí un fenómeno social, digno, por lo tanto, de ser tenido en cuenta por las ciencias sociales, sino que también las realidades denotadas por dicho término son igualmente fenómenos sociales que interactúan con su contexto igualmente social, sea local o mundial. Aun así, y como se indicará de inmediato, es preciso introducir varias matizaciones para que el empleo de la palabra no lleve a equívocos.

A pesar de estas dificultades, hay ejemplos de encuestas recientes en las que se ocupa la palabra “globalización” sin mayores especificaciones. El primero podría ser una pregunta de la encuesta de la 18ª Oleada del Barómetro del Real Instituto Elcano (Madrid), de junio de 2008. La pregunta era: “De algunas posibles amenazas para los intereses vitales de España en los próximos años, dígame si la considera una amenaza muy importante, importante o que no es una amenaza”. Las opciones que se daban a los encuestados eran bastante peculiares y entre ellas estaba “la globalización”. Sin embargo, si no había mayores clarificaciones, un encuestado puede entender una cosa y otro algo diferente, y, sin embargo, ambos decir que es una amenaza “muy importante”. De esta forma, que los españoles encuestados dijese, en un 32%, que la “globalización” era una amenaza “muy importante” para los intereses vitales de España no significa mucho, porque no sabemos qué entendieron por dicha palabra, aunque está claro que se preguntaba por algo que el investigador consideraba como una posible amenaza, es decir, algo negativo.

Por su parte, otra encuesta, realizada para el servicio mundial de la BBC (BBC World Service, 2008) y aplicada en diciembre de 2007 en 34 países, iba más allá, pues, dando de nuevo por supuesto que todo el mundo entendía con claridad y de igual manera qué es la “globalización”, preguntaba si el entrevistado creía que iba “muy rápida”, “algo rápida”, “algo lenta” o “muy lenta”. Las respuestas individuales, de nuevo, no se podrían sumar, ni se

puede decir con un mínimo de sensatez que los encuestados españoles están 40 puntos por encima de los mexicanos en cuanto a ver el ritmo de la “globalización” como “muy rápido” o “algo rápido” (23% frente a 68%) o que los mexicanos duplican a los españoles a la hora de ver dicho ritmo como “algo lento” o “muy lento” (46% frente a 21%). Probablemente, ni dicha palabra significaba comúnmente lo mismo en México que en España, ni su significado era compartido dentro de cada uno de los países encuestados inútilmente, por lo menos desde el punto de vista de esta pregunta concreta y de esta opción particular.

Significados para una sola palabra

El Diccionario de la Real Academia Española da su definición del término:

1. f. Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales.

Sin embargo, este significado no coincide exactamente con el que se encuentra en la literatura. Tómese la edición española de *El Punto de Vista de Le Monde diplomatique*, núm. 4 (2007) titulado “Informe sobre la globalización”. Su índice de materias ya es significativo, pues incluye: 1. “Las teorías abstractas y sus efectos prácticos”; 2. “El poder sin límites de las empresas gigantes”; 3. “El papel de las instituciones internacionales (FMI, BM, OMC, OCDE) y 4. “Las resistencias y las aspiraciones de otro orden internacional”. Esta última frase parece sintomática de esta “manera de ver” la globalización: es una forma de hablar del “orden internacional”, en el cual intervienen empresas transnacionales e instituciones internacionales, y a las que se enfrentan los que creen que “otro mundo es posible”, es decir, “otro orden internacional es posible”. El texto que da publicidad a la revista va en esa dirección, pues dice que:

La globalización es el principal enfrentamiento de nuestros días: el mercado contra el Estado; el sector privado contra los servicios públicos; el individuo contra la colectividad; el egoísmo contra la solidaridad. Fenómeno que provoca convulsiones importantes (privatizaciones, deslocalizaciones, poder de los fondos de inversión, etc.), va acompañada de una inmensa ruptura económica, política y cultural.

Que es, prácticamente, lo que afirmaba Boaventura de Sousa Santos (2008) a propósito de las medidas frente a la crisis financiera adoptadas en septiembre de 2008:

Los cambios en la globalización hegemónica van a provocar cambios en la globalización de los movimientos sociales y esto se va a reflejar en el Foro Social Mundial: la nueva centralidad de las luchas nacionales y regionales; las relaciones con los Estados y los partidos progresistas; las luchas por la refundación democrática del Estado; las contradicciones entre clases nacionales y transnacionales y las políticas de alianzas.

Si eso es lo que entendieron algunos encuestados, su respuesta a favor o en contra tendría sentido. Pero es que hay más significados.

Otro ejemplo reciente puede ser el libro de Mark Engler (2008). La visión que proporciona del “orden mundial” futuro es la del que se construiría como resultado de la lucha entre tres “globalizaciones”. Por un lado, está lo que Engler llama la “globalización empresarial”, puesta en práctica por los neoliberales que fueron ascendiendo en el poder de los Estados Unidos y, por lo tanto, del mundo, y que alcanzarían su cenit bajo la presidencia de Bill Clinton. Era, dice, una globalización económica, con un cierto respeto hacia la multilateralidad y cuyo objetivo central era mantener la hegemonía de los Estados Unidos sobre el sistema mundial en su conjunto. O, para ser más precisos, el dominio de sus clases dirigentes sobre el sistema mundial en su conjunto, asunto sobre el que Jeff Faux (2006) ha hecho importantes aportaciones. Frente a esa globalización, proyecto pues, se alzó y se ha alzado la “globalización imperial” de los neoconservadores, quienes, enfrentados a Clinton, alcanzaron el poder político con George W. Bush. Fue curioso, y así se encargó *The Economist* (28 de septiembre-4 de octubre de 2002) de subrayarlo, que la palabra “globalización” (a la que, según esta lógica, los neoconservadores no eran muy aficionados) no apareciese en el documento central de esta presidencia, a saber, la *National Security Strategy for the United States* de 2002. Era cuando los neoconservadores estaban en el punto álgido de su poder. En el segundo mandato la palabra ha vuelto a aparecer en los documentos oficiales de su gobierno. Se trataría de una globalización basada no tanto en la economía cuanto en el poder militar, explícitamente unilateral y que busca algo más que la hegemonía: lograr y afianzar el imperio estadounidense. En este último sentido, su descripción viene a coincidir, aunque no en el vocabulario, con lo señalado por Petras *et al.* (2006). Cuál de estas dos “globalizaciones” esté ganando (y cuál de ellas se consiga afianzar con la nueva presidencia salida de las urnas de noviembre de 2008) está por verse, al igual lo que ha de suceder con la “globalización democrática”, las distintas opciones alternativas simbolizadas por el Foro Social Mundial. Tres globalizaciones, pues, y ciertamente no coincidentes.

La versión del Departamento de Defensa de los Estados Unidos puede resultar interesante, ya que, de creer a Engler, tendría que ser un ejemplo de la “globalización imperial”. Un documento reciente del Departamento puede servir a este propósito (Department of Defense, 2008). Se dice allí:

Nos enfrentamos a una lucha global. Como el comunismo y el fascismo antes, una ideología extremista tiene pretensiones transnacionales y, como sus antecedentes seculares, consigue seguidores de todo el mundo. La visión que proporciona está en *oposición a la globalización* y a la expansión de las libertades que trae consigo. Paradójicamente, estos movimientos extremistas violentos usan precisamente los *instrumentos de la globalización (flujo irrestricto de información e ideas, bienes y servicios, capital, personas y tecnología)* que dicen rechazar para lograr sus objetivos. Aunque movidos por esta ideología transnacional, nuestros adversarios son, de hecho, un conjunto de grupos extremistas regionales y locales. Los resentimientos regionales y locales ayudan para alimentar el conflicto que crece en las áreas sin gobierno, o de gobierno débil o de mal gobierno.¹

Hay algunos puntos interesantes en este texto. En primer lugar, su idea de la globalización: flujo irrestricto de productos y factores de producción. Si dicho flujo es realmente irrestricto por parte de todos los gobiernos y si la inclusión de todos los factores de producción es completa, es algo muy discutible como se pudo ver en la llamada Ronda de Doha y en las políticas migratorias de los Estados Unidos y de la Unión Europea. En segundo lugar, que esta ideología con pretensiones transnacionales a la que se enfrenta el Departamento de Defensa es de ambición planetaria en cuanto a sus seguidores, pero regional y local de hecho. Dicha ideología proporciona una visión contraria a la globalización y a los bienes que ésta comporta. Entonces globalización se entiende como proceso, básicamente beneficioso, pero al cual se oponen determinadas ideologías que, paradójicamente, usan los instrumentos de dicho proceso.

Las distinciones que lleva a cabo Jalife-Rahme (2007: 23-38) son también pertinentes, y la historia le ha dado la razón, en cuanto a esa pertinencia, con la crisis de Lehman Brothers, AIG y restantes empresas “rescatadas” en 2008 por la intervención gubernamental de un tipo u otro y no sólo en los Estados Unidos. Distingue Jalife-Rahme entre *globalización económica* (es decir, la mundialización del intercambio de bienes y servicios) y la *globalización financiera* (es decir, los flujos especulativos de divisas y acciones que pueden llegar a ser 50 veces superiores a la “economía real” y en los que la interconexión mundial es más visible que en la globalización económica). Por su parte, y también con mucho sentido,

1 Las cursivas son mías.

añade la *globalización petrolera* (*ibidem*: 39-56), la aparición de nuevas empresas gigantes (muchas de ellas estatales, y cada vez menos privadas) que gestionan un bien que, a pesar de los descubrimientos de nuevos yacimientos, sigue siendo escaso y, probablemente, cercano al *peak oil*, momento en el cual el aumento del consumo se hará sin ser compensado por los nuevos yacimientos encontrados.

Un intento de introducir algo de orden en tamaña heterogeneidad fue el dirigido desde la Universidad de Hawaii en Manoa por Fred Riggs (2000) entre 1998 y 2000. Con unos 60 participantes internacionales reunió un conjunto de significados de la palabra o concepto. Algunas de las clasificaciones que utilizó Riggs con su material pueden resultar útiles. En primer lugar, la de la dimensión temporal: si se trata de un proceso histórico (*globalización histórica*) o si se trata de un fenómeno reciente (*globalización contemporánea*). Es posible encontrar referencias bibliográficas para uno u otro de los procesos. El más conocido para la globalización histórica es el primer capítulo del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 de Marx y Engels, aunque, obviamente, no se utilizó ese vocabulario. En segundo lugar, las definiciones pueden clasificarse según el espacio que abarque: global puede querer decir que abarca a todo el planeta (el Globo) o que incluye numerosos aspectos (que es el significado originario de la palabra global en castellano antes de ser ampliado por el anglicismo “global”). En tercer lugar, según se vean sus efectos sobre el Estado, haciéndolo obsoleto o reconociéndole su necesidad para el funcionamiento del sistema mundial. Y, finalmente, según se defina como proceso empírico y observable (sea histórico o contemporáneo) o como proyecto y, por lo tanto, como ideología.

El elemento ideológico (en el sentido de “falsa conciencia”) ha sido destacado por otros autores que han mostrado cómo algunos de los supuestos componentes del supuesto proceso son, sencillamente, falsos (Sutcliffe y Glyn, 2003; Ghemawat, 2008). Se precisa, en efecto, una mayor distinción entre el “mundo plano” de las finanzas, el menos “plano” del comercio de la economía real, el de los usuarios de internet (que en 2005 no llegaban ni a la quinta parte de la población mundial) o cualquier otro elemento de esa descripción de “un solo mundo” o de la “aldea global” que hace ver la existencia de fenómenos en todo el planeta, pero que oculta que no cubren *todo* el planeta, siendo muchas veces lo no cubierto lo más significativo.

A efectos de evaluar el tema de la posible caída de la globalización, las clasificaciones de Riggs pueden reducirse a tres, propuestas en el siguiente epígrafe. Son tres significados que se suelen dar a la palabra “globalización”

cuyos referentes empíricos, se va a ver, han cambiado notablemente en estos 25 años, por eso puede hablarse de “caída de la globalización”, por lo menos en estos tres sentidos.

Tres realidades diferentes

Este campo semántico tan vasto puede reducirse, aun a costa de simplificar pero en aras de la claridad, a tres grandes bloques de referencias empíricas o denotaciones de la palabra. La primera consiste en ver la *globalización como una ideología*. Tiene varios nombres: globalismo, “pensamiento único”, “globalización neoliberal”, “globalización empresarial”. La segunda gira en torno a una determinada forma de organizar la economía, una política económica o incluso una moda en la misma que también se ha llamado “Consenso de Washington” y sus propuestas de desregulación, flexibilización y privatización. Es una globalización contemporánea, hecha básicamente de recetas, diferente de la globalización histórica, en la que reside el tercer bloque de significados empíricos. Se trataría del proceso mediante el cual un determinado *sistema-mundo se extendió hasta hacerse planetario* y convertirse en el primer sistema realmente mundial. Esta última tampoco coincide exactamente con la definición del Diccionario de la Real Academia Española, pero es la que más se le acerca.

La ideología globalista

El dicho marxista “la ideología dominante es la ideología de la clase dominante” tiene numerosas excepciones empíricas conocidas desde hace tiempo (Abercrombie *et al.*, 1984²). Sin embargo, es útil para plantear la posibilidad de que las palabras dominantes sean útiles para los intereses (de las élites) de los países dominantes. No tiene por qué ser la ideología de estos últimos, pero sí puede ser la que procuran transmitir a los países subordinados para mantenerlos así en la subordinación.

Como toda ideología, ésta que ahora se presenta implicaría una cierta versión de lo que es la realidad, reflejando intereses e implicando algunas recetas para la acción. La visión del mundo por parte de la “globalización” así entendida (Saul, 2005) es relativamente sencilla: existe un único mercado en el cual se produce un flujo irrestricto de bienes, servicios, ideas y de los factores de producción (capital, trabajo, tecnología, gestión y materias primas). Coincidiría, en líneas generales, con la definición del texto del

Departamento de Defensa de los Estados Unidos ya citada: “flujo irrestricto de información e ideas, bienes y servicios, capital, personas y tecnología”. De todas maneras, este mercado ni es único ni irrestricto y tampoco es tan grande ni homogeneizador; es decir, el globalismo es una forma de “falsa conciencia” a la que sociólogos, politólogos y economistas han contribuido exaltando unas características del sistema mundial contemporáneo y ocultando otras igualmente importantes. Hay censura, hay proteccionismo por parte de los Estados Unidos, Japón y la Unión Europea para los productos que les interesan mientras piden librecambismo a los productos de los países periféricos, hay “iniciativas de la vergüenza” en la Unión Europea contra los inmigrantes al tiempo que la política inmigratoria de los Estados Unidos es cualquier cosa menos “librecambista”, hay secretismo en la tecnología y sólo queda, de momento, el flujo de capitales, el cual no es arriesgado aventurar que comenzará a ser restringido muy pronto a partir de la crisis iniciada en los Estados Unidos con los problemas derivados de las hipotecas *subprime*, por lo menos desde mitades de 2007.

Entendida en su sentido más empírico posible (proporción del comercio internacional sobre el PIB mundial), es decir, la “globalización económica” con un sentido cercano al que le da Jalife-Rahme (2007) ciertamente creció, pero no por primera vez, de forma particular. Ya había sucedido entre 1870 y 1914 y también acabó reduciéndose drásticamente, tal vez incluso antes, en 1873, con la quiebra de la Bolsa de Viena, y hay quien va mucho más atrás en el tiempo, milenios incluso (Findlay y O’Rourke, 2007). Pero es que dicha proporción tampoco ha sido tanta (el mundo no ha resultado ser “plano”): una parte muy importante del comercio sigue siendo local y, del internacional, una parte sustanciosa (por lo menos un tercio) ha sido comercio entre filiales de la misma empresa multinacional que ha podido así manipular los precios generando beneficios en el país que más les interesase y pérdidas donde fuese necesario, todo ello por motivos fiscales o incluso políticos locales y al margen del mercado (oferta y demanda). Es decir, el comercio internacional se ha producido en un mercado fuertemente intervenido por las empresas multinacionales que, de alguna manera, han practicado la “planificación central” a la hora de establecer los precios con los que unas filiales compraban a otras situadas en países diferentes.

En cambio, la presentación ideológica ha consistido en mostrar este mercado único como un hecho casi natural (como cualquier otro fenómeno natural, producido por causas “naturales” y no sociales), sin fisuras y sin excepciones, del que no había escapatoria, para el que no había alternativa

(según el dicho de Margaret Thatcher, “TINA, There Is No Alternative”) y ante el cual lo mejor que podía hacerse era aceptarlo, someterse a sus reglas e intentar sacar el mejor partido posible de las mismas (Castells, 1997). En un enfoque casi religioso (*Extra Ecclesia nulla est salus*) se acababa afirmando que fuera de la globalización no había desarrollo, es decir, crecimiento económico medido a través del aumento del Producto Interno Bruto.

Los intereses que ha estado reflejando esta ideología transmitida de forma planificada (George, 1996) son los de las clases dominantes a escala mundial (sean de países centrales como de países periféricos) y los intereses de los países centrales frente a los de los periféricos. Véanse, a este respecto, los análisis de Jeff Faux (2006) a propósito del NAFTA o TLC, Tratado de Libre Comercio de Norte América. Su análisis lo lleva a afirmar que el TLC fue una alianza de intereses de los ricos de los tres países implicados (Estados Unidos, México y Canadá) defendiéndolos frente a los de los pobres de los tres países. No era una cuestión de mayor o menor nacionalismo, sino de clases sociales y de la mayor conciencia de los intereses comunes que tienen los miembros de las clases altas sin necesidad de reunirse para ponerse de acuerdo. Se trataría de lucha de clases pero de los de arriba contra los de abajo al fin y al cabo, que es la forma más frecuente a diferencia de lo menos habitual que es la lucha de clases de los de abajo contra los de arriba.

La razón, volviendo al caso general, se podía percibir: las recetas para la acción que implicaba esta ideología se pretendían aplicar con mucho entusiasmo en la periferia, mientras que los países centrales se reservaban el derecho de “renunciar” a aquellos aspectos que pudiesen poner en discusión la estructura de poder y el orden vigente en estos últimos países. Así, por ejemplo, librecambismo para los productos industriales de los países periféricos, y proteccionismo para la agricultura y el textil de los países centrales, como se ha visto en la Ronda de Doha. Si para ello tenían que introducir inestabilidad en los países periféricos no importaba tanto. Y dentro de sus propios países, la búsqueda de reducir el papel de las instituciones políticas y de hacer inútiles las alternativas ideológicas se hizo de forma sistemática: usando las instituciones políticas para afirmar que se reducía el Estado cuando, en realidad, se estaba utilizando para sus propios designios políticos y sociales (Frank, 2008).

El hecho fue que a pesar de su descrédito las instituciones políticas, en los países centrales, se vieron fortalecidas (incluso dentro de instituciones supraestatales como la Unión Europea, como se ha podido ver con los intentos de hacer aceptar una Constitución supraestatal o la adopción de

una postura común en el encuentro del G-20 en Washington, noviembre de 2008), mientras que se debilitaban las instituciones políticas de los países periféricos igualmente desacreditadas. “Quitando la escalera”, los países centrales, como “malos samaritanos”, negaban a los periféricos el camino seguido por aquéllos para su crecimiento inicial. No deja de ser sintomático que los países que mejor han salido adelante en la periferia son los que no han aplicado la propuesta de los países centrales (Chang, 2004 y 2007), es decir, los llamados “emergentes” en general y los BRIC en particular.

Desde el punto de vista de los intereses de la élite mundial y de los países centrales, el uso de la palabra “globalización” servía para transmitir esta ideología que tan bien encajaba con sus intereses a corto plazo. Sin embargo, la estructura social del mundo está cambiando (Tortosa, 2008a) y, al mismo tiempo, en las élites todavía dominantes se observan diferencias no en los fines, pero sí en los medios para alcanzarlos (neoliberales *vs* neoconservadores). Y la ideología globalista está teniendo problemas.

Los sistemas previos a este sistema mundial vivían, como todos, en el cambio, pero ideológicamente lo negaban. Algunos etnólogos se creyeron esta ideología de los sistemas-mundo o minisistemas previos al actual y supusieron, mezcla de ignorancia y de arrogancia, que eran “pueblos sin historia” en los que, efectivamente, la cultura permanecía inalterada y la tradición no sufría ningún cambio o innovación con el tiempo. Esta ignorancia que presupone erróneamente que el rasgo cultural hallado en la actualidad ha estado en esa sociedad desde siempre ha sido fuente de numerosos errores de interpretación de las culturas llamadas “tradicionales” o “ancestrales”, y ha coincidido con frecuencia con la ideología dominante en dichas culturas que niega el cambio por más que cambien.

El actual sistema mundial también cambia, pero ha situado el cambio en el centro de sus discusiones ideológicas. De hecho, ha generado, como ha dicho Immanuel Wallerstein (1992a y 1992b) en diversas ocasiones, tres ideologías respecto al mismo: la de los que se asustan del cambio y quieren detenerlo (conservadores), la de los que quieren acelerar el cambio (revolucionarios) y la de los que se contentan con gestionarlo (reformistas), creyendo que el conservadurismo genera a la larga más dificultades para la conservación del sistema y no están dispuestos a asumir los riesgos de una revolución para la cual no se tiene hoja de ruta.

El globalismo ha sido una ideología atacada desde dentro y desde fuera. Aunque conservadora, la ideología globalista se presentó como “revolucionaria” y lo fue en los medios aunque no en los fines, no sólo

defendiendo el *status quo* sino procurando que esta situación se volviese irreversible (Galtung, 1985). Sin embargo, ha sido adelantada por los neoconservadores que, como indica Klare (2008), disputan a los neoliberales la supremacía en la programación del gobierno de los Estados Unidos y tiene su propia finalidad imperial. Pero también ha sido puesta en discusión por ideologías más parecidas al egoísmo ilustrado de quienes desean cambiar algo para que todo siga igual, según la frase de *El Gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa. Sería el caso de personajes tan representativos como heterogéneos del tipo George Soros, Joseph Stiglitz, Paul Krugman o Jeffrey Sachs. Buscando acelerar al cambio, estaría el movimiento de movimientos simbolizado por el Foro Social Mundial (Santos, 2005) que comenzó a preocupar a los conservadores en particular desde los enfrentamientos de Seattle, a propósito de la cumbre de la Organización Mundial de Comercio en 1999; pero que no se reduce al mismo, sino que incluye las distintas posiciones alternativas observables en concreto en América Latina (Aguirre Rojas, 2008; Saint-Upéry, 2008).

De todas formas, conviene tener en cuenta la observación de François Furet (1996) sobre el éxito de las dos grandes revoluciones (la francesa y la rusa), que se produjo cuando fueron capaces de convencer al mundo de que se trataba de revoluciones *universales* (aunque fuesen locales), cosa que no sucedió con la mexicana y sí han intentado los neozapatistas. En lo que sí se equivocaba Furet, como buen conservador, era en la imposibilidad de *pensar* “otra sociedad”: el tiempo ha mostrado que “otro mundo es posible”, es decir, pensable.

Es difícil saber quién va a ganar en estas contiendas, pero sí parece que el proyecto neoliberal está ya agotado y su visión del mundo suficientemente desacreditada como para que cada vez sea compartida por menos personas en el mundo. Quedan, tal vez, algunas autoridades residuales y, paradójicamente, los que se empeñan en luchar contra la “globalización neoliberal” cuando el problema ya está en otro lado. Pero, en todo caso, ahora ya es obvio que “sí hay alternativas”, con lo cual ha dejado de tener sentido el “there is no alternative” (pensamiento único) que fue consustancial a la ideología denominada por esa palabra. El poder en el mundo (clases dominantes, países dominantes) está cambiando, es razonable que también esté cambiando la ideología dominante mientras se agudiza la lucha ideológica.

La política económica del “Consenso de Washington”

La globalización en el sentido anterior era una descripción deformada del sistema mundial que tenía consecuencias prácticas a favor de las élites dominantes y los países dominantes. Ha sido una palabra que también se ha usado para referirse (y, como consecuencia del anterior epígrafe, legitimar) determinadas políticas económicas que comenzaron a afianzarse en los años ochenta bajo el liderazgo político de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. De la supuesta constatación sobre la obsolescencia del Estado que producía la llamada “globalización” se concluía una sencilla receta, pasando así del ser al deber ser: “Menos Estado, más mercado”. Del “flujo irrestricto de información e ideas, bienes y servicios, capital, personas y tecnología” se concluía que lo único (“pensamiento único”) que se podía hacer era someterse y aprovecharse de las ventajas de dicho “flujo irrestricto”. Para crecer, había que “globalizarse”.

Los medios se podían resumir en el llamado “Consenso de Washington”, propuesto por John Williamson (2004) para resumir las políticas que, desde Washington (y el “desde” no es inocente), se estaban aconsejando a los países de América Latina por lo menos desde 1989 (Williamson, 2000). Dichas políticas, según su autor, no incluían el “monetarismo, la economía de oferta (‘supply side economics’) ni el Estado mínimo” que son las más estrictamente neoliberales. Pero el hecho es que, al margen de ese sospechoso “aconsejado por Washington”, incluía: la liberalización y desregulación financiera, especialmente de los tipos de interés, la liberalización comercial, la apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas, privatizaciones y desregulaciones generales (Global Trade Negotiations, 2003). La ideología había afirmado que sólo hay un mercado; la política económica, en cambio, parecía formularse para que lo hubiese efectivamente (aunque no lo hubiese, ni lo hay).

Recordando su origen (Washington DC), no haría falta recalcar que su aplicación venía del centro a la periferia, y que el centro quedaba relativamente exento de su puesta en práctica. La liberación comercial, como se ha visto en los sucesivos fracasos de la Ronda de Doha, no era general, las desregulaciones eran muy selectivas, y la liberalización financiera era bajo la condición de que favoreciese al fuerte. No es exagerado decir que respondía más a los intereses de los países centrales que a los de los países periféricos, obligados a abrir sus mercados a los productos competitivos de los países centrales, mientras éstos se reservaban el derecho a proteger el

empleo que estaba detrás de sus productos no competitivos y, por lo tanto, protegidos y/o subvencionados. Una lectura nada sesgada de los sucesivos fracasos por lo menos desde 2003 consiste en ver que la “obediencia” de los países periféricos tiene excepciones: la de los llamados “países emergentes”, en realidad, países en ascenso en la jerarquía del sistema mundial y que ya tienen capacidad de enfrentarse a los países centrales. Un pequeño paso en el cambio en la estructura del poder mundial al que se añade el dado por algunas repúblicas petroleras conscientes del poder que les da el recurso que controlan o pueden controlar sus gobiernos. De este modo, el “fracaso” de la Ronda celebrada en Ginebra en 2008 es visto como un “éxito” para América Latina en general y, en particular, para los movimientos sociales que se han opuesto a la lógica perversa de lo que habrían sido unos acuerdos a favor de los países centrales (Rodríguez *et al.*, 2008).

Los problemas para el llamado “consenso” aplicado a los países periféricos ya se habían analizado con anterioridad (Lorenç Valcarce, 2003), pero la aparición de una crisis financiera por lo menos desde mitad de 2007 que se fue complicando con la “explosión” de la burbuja inmobiliaria en los Estados Unidos y otros países (entre ellos España), con los problemas energéticos a escala mundial (con independencia de los beneficios obtenidos por las repúblicas petroleras que dependen menos del refino exterior de sus propias extracciones) y con la llamada “crisis alimentaria”, han traído, en su conjunto, una profunda revisión del “consenso”. En el terreno financiero se ha dicho que lo que se está proponiendo en 2008 marca una ruptura con la historia reciente de las finanzas y con dos decenios de desregulación. Igualmente, y a propósito del fracaso del Bearn Stern, ahora no se tiene ningún problema en afirmar que la causa ha sido la desregulación, y que decir eso no tiene nada que ver con la ideología sino con el pragmatismo o incluso con ¡el sentido común! Las afirmaciones de Alfredo Jalife-Rahme (2008) son mucho más radicales: “Son tiempos de la desglobalización, que subsume nacionalizaciones y el retorno del nacionalismo pero, sobre todo, de la desprivatización, la renacionalización y la restatización de los hidrocarburos que reflejan el incipiente orden multipolar y su nuevo orden geoenergético mundial”.

De repente, el Estado deja de ser una institución obsoleta y se nacionalizan (“desprivatizan”) empresas del sector financiero (bancos como el Northern Rock o el Royal Bank of Scotland y, parcialmente, de todo el sistema bancario, en el Reino Unido o la filial del Santander en Venezuela o las financieras Fannie Mae y Freddie Mac en los Estados Unidos, pensiones en

Argentina), del transporte (Aerolíneas Argentinas), de la energía (petróleo y gas en varios países), materiales (cemento en Venezuela) antes privatizadas o que nunca fueron estatales; al tiempo que cunde el control de cambios, el proteccionismo se generaliza y crecen las demandas de mayor regulación de los mercados (Galbraith, 2008). Se puede decir, en efecto, que son tiempos del “anticonsenso de Washington”, es decir, de la “desglobalización” en el actual sentido (Wallerstein, 2005; Jalife-Rahme, 2007; Wallerstein, 2008a).

Es probable que este cambio en la política económica “correcta” corra en paralelo con un cambio en la estructura del poder internacional. Lejos del mundo bilateral de la Guerra Fría y con las dificultades conocidas para el mundo unilateral de los neoconservadores, el sistema internacional se está haciendo multicéntrico, como ya anticipó un ejercicio de prospectiva patrocinado por la CIA estadounidense (National Intelligence Council, 2004), en el que se daban como posibles escenarios para 2020 los siguientes:²

1. *Pax Americana*: El predominio de los Estados Unidos sobrevive a los cambios radicales en el panorama político global y permite dar paso a un *nuevo orden global* e incluyente, enfrentando las demandas de energía y el *agotamiento de la unipolaridad*.
2. *El mundo posDavos*: Un fuerte crecimiento económico, liderado por China e India, *remodela el proceso de globalización* dándole un rostro menos occidental, transformando el campo de juego político y manteniendo las desigualdades sociales.
3. *Un nuevo Califato*: Un *movimiento global* alimentado por políticas identitarias de radicalismo religioso se convierte en una *amenaza* a las normas y valores occidentales que constituyen el *fundamento del sistema global*.
4. *Ciclo del miedo*: Crece la preocupación por el terrorismo internacional y los conflictos internos hasta el punto de tomar medidas de seguridad extremas para prevenir ataques mortales y producir un *mundo orwelliano con nuevos centros de poder*.

Tenemos, pues, cuatro posibilidades según lo que publica la CIA: un nuevo orden mundial posunipolar (¿heptapolar, como lo llama Jalife-Rahme?), una nueva “globalización” posoccidental, un cambio radical en el sistema global actual por cambio de las normas que lo fundamentan y una fragmentación del tipo *1984*, la novela de Orwell que dividía el mundo

2 Las cursivas son mías.

en tres bloques en continua guerra entre sí: Oceanía (los anglosajones más América Latina), Eurasia (desde Rusia hasta Portugal) y Estasia (China, Japón). El resto serían los “pueblos esclavos”, es decir, básicamente África y parte del sur de Asia. Lo que es común a todos estos escenarios (y queda todavía más claro en el siguiente informe, publicado en diciembre de 2008, *Global Trends 2025*) es la perceptible erosión del poder de los Estados Unidos, cada vez menos capaz de proponer o imponer un llamado “Consenso de Washington”. En septiembre de 2008 ya era frecuente en medios de comunicación, muy heterogéneos por nacionalidad y orientación, hablar de la caída de Estados Unidos en los puestos de la jerarquía mundial, pero eso no quiere decir que haya perdido su enorme poder militar, político y cultural; simplemente se ha reducido de manera observable.

Proceso histórico de expansión de un sistema

La introducción del ejercicio de prospectiva de la CIA permite ver hasta qué punto, incluso con lógicas diferentes, las cosas que denota la palabra “globalización” guardan algún tipo de relación entre sí: la ideología legitimaba las políticas económicas (aunque también se legitimaban mediante las teorías económicas neoclásicas sin necesidad de recurrir a la “globalización”), y las políticas económicas han tenido sentido mientras el sistema mundial ha sido de una determinada manera y atravesaba una determinada coyuntura. Pero la palabra no sólo se refiere a una ideología o a un conjunto de políticas; también se refiere, aunque con matices en su caso, a un proceso empírico.

El sistema mundial contemporáneo, en efecto, es el resultado de un largo proceso histórico de expansión por parte de un conjunto de Estados hasta hacer que el sistema sea realmente planetario (“global”). La acumulación incesante de capital (la lógica del beneficio imparable) ha sido su motor, para lo cual ha revolucionado continuamente los medios de producción y de información, como ya se indica en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 (Sutcliffe, 1998). A esto se añade que la dinámica de estas “nuevas tecnologías” se correlaciona con la existencia de ciclos económicos largos (las llamadas “ondas Kondratiev”) de bonanza y de contracción que, en este último caso, se transforman en crisis igualmente periódicas. Esta expansión territorial lo es sobre todo de unas determinadas reglas para el “juego global” que, se ha podido constatar, pasa por diversos periodos y ciclos fruto del desarrollo asimétrico de los bienes y servicios por un lado (“globalización

económica” para Jalife-Rahme), y de los financieros (“globalización financiera”), por otro. En general, la “explosión”, aparentemente suicida, del sector financiero por encima de la economía real ha sido propia de las fases B o de contracción de los llamados ciclos largos u ondas Kondratiev, aunque nadie garantiza que tenga que volver a ocurrir. En cada caso, ha producido crisis particularmente agudas como la iniciada con las *subprime* estadounidenses en el verano austral de 2007 y agudizada en 2008, con todas las semejanzas y diferencias respecto a la inmediatamente anterior, el “crash” de 1929 (la “Gran Depresión” de 1929 a 1939) o respecto a la “Depresión Larga” de 1873 a 1896.

Una de las herramientas que se aplican en el sistema para afrontar dichas crisis es la incorporación de nuevas zonas o territorios y la “salarización” de nuevas categorías sociales. Indirectamente, Henry A. Kissinger (2001) reconocía los efectos de esta globalización: la división en élites y pueblo, y la división en países centrales (“desarrollados”) y periféricos (“en desarrollo”), con la particularidad de que las élites “no tienen patria” al ser “élites globalizadas”, cosa que no sucede con los “proletarios” que “sí tienen patria”. Dice así:

La sociedad de los países en desarrollo también refleja este sistema a dos niveles: las *élites globalizadas* —que a menudo viven en urbanizaciones fortificadas— están conectadas entre sí por valores compartidos y por la tecnología. Mientras tanto, las poblaciones, básicamente en las ciudades, son tentadas por el nacionalismo, la etnicidad y una variedad de movimientos que les libera de lo que perciben como la hegemonía de la *globalización*, frecuentemente identificada con la dominación de los Estados Unidos.³

El texto tiene particular interés ya que reconoce la estructura dual del sistema tanto de países como de clases sociales; exagerado, a decir de diversos autores, entre ellos el mismo Marx en su *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en lo que a las clases sociales se refiere, y también Immanuel Wallerstein al insistir (*passim*) en la necesidad analítica de introducir la “semiperiferia” entre el centro y la periferia, asuntos que ahora no es el momento de discutir. Pero, sobre todo, tiene interés porque pone sobre la mesa el papel que juega el nacionalismo y la etnicidad frente a la “hegemonía de la globalización” que, erróneamente, según Kissinger, identifican con la “dominación de los Estados Unidos”.

Sin embargo, algo hay de verdad en dicha identificación, y es que este largo proceso histórico (secular) de expansión del sistema originario de

3 Las cursivas son mías.

Eurasia ha sido acompañado de sucesivas estructuraciones en torno a una potencia hegemónica (española o portuguesa en un principio, holandesa después, inglesa más tarde y estadounidense finalmente) (Wallerstein, 1984; Modelski, 1987), cuyo papel ha sido desafiado por otras potencias, siendo, pues, la historia de este sistema mundial la historia de sus sucesivas hegemonías con mayor o menor proyecto de imperio. También parece demostrable (Findlay y O'Rourke, 2007) que el sistema-mundo, antes de la incorporación de América, Australia y Oceanía, y ciertamente después, ha tenido etapas de expansión del comercio seguidas por etapas de "desglobalización", todas ellas más definidas por la geopolítica que por la economía.

De todas formas, el proceso actual afronta numerosas amenazas (Wallerstein, 2008b; Tortosa, 2008b). La primera y más obvia es la dificultad, por no decir imposibilidad, de resolver sus crisis periódicas, mediante nuevas expansiones geográficas o sociales. El sistema mundial ya es planetario y global y, por lo tanto, ya no puede expandirse más, ni siquiera en un espacio virtual como se pretendió con la burbuja del "punto.com". La segunda es el agotamiento de los recursos y la crisis medioambiental. El agotamiento de los recursos no es tan problemático: en este sistema mundial, sucesivos recursos energéticos han permitido la acumulación de capital y no son impensables nuevos recursos. Así ha funcionado estos últimos 500 años. Pero la crisis medioambiental es algo más complicado tanto si se considera como un mero calentamiento global como si se habla explícitamente de cambio climático con consecuencias que los diversos modelos estadísticos intentan predecir, pero cuyo resultado es impredecible al tener un número excesivo de variables en la realidad, muchas de ellas en interacción y retroalimentación.

La tercera amenaza proviene de la polarización social. El sistema genera y se alimenta de la desigualdad (Tortosa, 2008c: cap. 4), pero, como han reconocido hasta sus defensores más ilustrados, el exceso de desigualdad (la polarización) pone en peligro la existencia misma del sistema: no puede estirarse un resorte indefinidamente sin riesgo de que, en un determinado punto, se rompa. De hecho, las políticas propuestas por los países centrales y emergentes (G-20) no se entienden si no se sitúan en la estructura centro-periferia: es el salvamento de los países centrales y semiperiféricos, que incluye el proteccionismo de los propios bancos, contra los intereses de los países periféricos y sus clases populares que acabarán recibiendo la parte peor de este "reparto del león" efectuado desde Washington.

En todo caso, la mayor amenaza para esta “globalización” proviene de dos frentes: por un lado, de la posibilidad de que la actual crisis (¿terminal?) de la hegemonía estadounidense lleve a una nueva hegemonía o a una fragmentación del sistema en regiones o bloques, más o menos orwellianos (Vasapollo *et al.*, 2007; Varios autores, 2007; Brzezinski, 2007). Por otro lado, está también la posibilidad de que la acumulación de estas amenazas suponga una crisis terminal del sistema como Immanuel Wallerstein (1999) y Carlos Antonio Aguirre Rojas (2003) vienen analizando desde hace años: a fuerza de haberse globalizado, el sistema-mundo ya no puede expandirse más, muriendo de éxito.

Las “desglobalizaciones” actuales

La palabra “globalización” se sigue utilizando y sigue teniendo significados muy diversos. Es cierto que el uso de la palabra se ha mantenido mientras ha sido útil a los intereses de determinadas capas sociales o países que, ahora, están sufriendo un profundo proceso de mutación por agregación de nuevos miembros, en el primer caso, y por alteración de los criterios de dominación, en el segundo, amén del posible agotamiento de la potencia hegemónica y el auge de otras potencias que, si ninguna consigue la hegemonía, dejaría al mundo con una estructura regionalizada o con varios centros (tal vez siete).

El que ahora deje de ser útil no significa que deje de usarse. En primer lugar, por la inercia que tienen los fenómenos culturales, el “cultural lag” que hace que se mantengan cuando la sociedad con la que fueron coherentes ha cambiado, y que también afecta a las ciencias sociales. En segundo lugar, porque se le puede seguir usando como lo fue antes: el elemento empírico que tenía en uno de sus significados se utilizaba para justificar los elementos normativos que había en otro. Si la “globalización” reducía el papel de algunas instituciones políticas (se habló de la obsolescencia del Estado), se podía proponer el “menos Estado, más mercado” que ahora ya no se propone.

Se use como se use la palabra, la globalización, una vez más en la historia de este sistema-mundo, ya no puede referirse a lo que se refería, pues esto ha cambiado de forma verificable. Pero antes de llegar a conclusiones definitivas tal vez convenga anotar, siguiendo a Pablo González Casanova, que “con Henri Lefèbvre tienen que recordar ‘la capacidad de recuperación del capitalismo’ y ‘la posibilidad de catástrofes’

irremediables si no se construye un mundo alternativo”. Es aconsejable recordar, en efecto, ambas cosas. Por un lado, la capacidad de recuperación del sistema, demostrada en numerosas ocasiones anteriores de supuesta “crisis terminal”, que evidentemente no se ha producido. De hecho la crisis iniciada en 2007 se está “resolviendo” en términos muy en consonancia con las reglas de juego del sistema. Por otro lado, hay que recordar la posibilidad de una catástrofe definitiva no sólo para el sistema sino para la especie humana, asociada con la crisis medioambiental general. Pero también hay que tener en cuenta la importancia de la construcción de un mundo alternativo que, de momento, no se vislumbra, por más que se hable de la “globalización democrática” o “humanista”, y algunos temen un “geofascismo” o “neofascismo” que no hay por qué descartar y del cual hay indicadores incipientes en diversos países del mundo. Y éstos sí son retos importantes para las ciencias sociales contemporáneas: los de saber evaluar críticamente las opciones históricas que se abren ante las sociedades contemporáneas y ante el sistema en su conjunto.

En los tres grandes bloques en los cuales aquí se han agrupado los principales usos de la palabra “globalización”, hay motivos para pensar que está perdiendo su base empírica, porque se está perdiendo o cambiando el poder que la sustentaba o porque, en algunos casos, comienzan a articularse oposiciones al mismo. A la *ideología globalista* le han salido competidores de muy variadas orientaciones (tanto a su derecha como a su izquierda), a lo cual se añade la aparición de nuevas élites a escala mundial posiblemente con nuevas reglas. Por su parte, la acumulación de crisis fomentadas por los neoconservadores ha echado por tierra las pretensiones de las recetas de política económica agrupadas bajo el llamado “Consenso de Washington”, hasta el punto de que el “posconsenso” casi es una negación de las viejas propuestas. Finalmente, el secular proceso de *expansión del sistema* hasta ocupar el planeta y convertirse en el primer sistema realmente mundial, que ya había alcanzado sus límites sociales en el siglo XX (si no en el XIX), tiene ahora los límites físicos, medioambientales y sociales que agregan incertidumbre al futuro de esta “globalización” en general, a lo que se añaden incertidumbres sobre el futuro de su actual potencia hegemónica.

Este sistema que se expande hasta hacerse mundial (global) ha tenido siempre tendencias globalistas que se han manifestado, principalmente, en el ascenso y cenit de las sucesivas hegemonías, siendo seguido por geoculturas más particularistas, pero siempre en esta tensión entre lo universal (globalismo) y lo particular, ambos elementos funcionales para

el mantenimiento del sistema. Por otra parte, este sistema histórico, y en relación con sus ciclos económicos, no siempre coincidentes con los geopolíticos de la hegemonía, ha tenido etapas de mayor intervencionismo estatal y etapas más mercantilistas.

Si lo dicho es cierto, el globalismo como ideología universalista y las políticas económicas neoliberales (Consenso de Washington) no son independientes del funcionamiento de este sistema histórico ahora planetario, pero tienen lógicas diferentes y pueden analizarse de forma igualmente diferenciada. La etapa que ahora parece cerrarse mantuvo un universalismo económico neoclásico unido al particularismo nacionalista, dentro del globalismo, y propuso recetas del tipo “Consenso de Washington”. No es fácil saber qué ha sido en última instancia lo que está desglobalizando al planeta: si el posible cambio de ciclo económico (inverosímil en la crisis global 2007-2008), la crisis de la hegemonía de los Estados Unidos o una crisis del sistema en su conjunto, no siendo descartables las combinaciones entre ellas a pesar de su distinta lógica. Cuestión de tiempo, pero no de teorías que den la respuesta. De éstas no quedan.

Bibliografía

- Abercrombie, Nicholas *et al.* (1984), *The Dominant Ideology Thesis*, Londres: Routledge.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2000), “Para una crítica del concepto de globalización”, en *Aportes*, núm. 16, Puebla.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2003), *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Bello, Walden (2004), *Desglobalización*, Barcelona: Icaria.
- Brzezinski, Zbigniew (2007), *Second Chance: Three Presidents and the Crisis of American Superpower*, Nueva York: Basic Books.
- Castells, Manuel (1997), “La insidiosa globalización”, en *El País*, 29 de julio, Madrid.
- Chang, Ha-Joon (2004), *Retirar la escalera. La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, Madrid: ICEI e IUDC, Libros de la Catarata.
- Chang, Ha-Joon (2007), *Bad Samaritans: Rich Nations, Poor Policies and the Threat to the Developing World*, Nueva York: Random House Business Books.
- Engler, Mark (2008), *How to Rule the World. The Coming Battle over the*

- Global Economy*, Nueva York: Nation Books.
- Faux, Jeff (2006), *The Global Class War. How America's Bipartisan Elite Lost Our Future and What It Will Take to Win It Back*, Hoboken, New Jersey: John Wiley & Sons.
- Findlay, Ronald y Kewin H. O'Rourke (2007), *Power and Plenty: Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Furet, François (1996), *Le Passé d'une illusion, essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París: Laffont/Calmann-Lévy.
- Galtung, Johan (1985), *Hitlerismo, estalinismo y reaganismo. Tres variaciones sobre un tema de Orwell*, Alicante: Instituto Juan Gil-Albert.
- George, Susan (1996), "Comment la pensée devint unique", en *Le Monde diplomatique*, agosto.
- Ghemawat, Pankay (2008), *Redefiniendo la globalización. La importancia de las diferencias en un mundo globalizado*, Bilbao: Deusto.
- Jalife-Rahme, Alfredo (2007), *Hacia la desglobalización*, México: Jorale.
- Jalife-Rahme, Alfredo (2008), "¿Renacionalización total de Petrobras?", en *La Jornada*, 20 de julio, México.
- Klare, Michael T. (2008), *Rising Powers, Shrinking Planet: The New Geopolitics of Energy*, Nueva York: Metropolitan Books.
- Lorenç Valcarce, Federico (2003), *El fracaso del Consenso de Washington*, Barcelona: Icaria.
- Modelski, George (1987), *Long Cycles in World Politics*, Seattle: University of Washington Press.
- Petras, James *et al.* (2006), *Empire with Imperialism. The Globalizing Dynamics of Neoliberal Capitalism*, Londres: Zed Books.
- Saint-Upéry, Marc (2008), *El sueño de Bolívar. Los desafíos de la izquierda en América del Sur*, Madrid: Paidós.
- Santos, Boaventura de Sousa (2005), *Foro Social Mundial: Manual de uso*, Barcelona: Icaria.
- Saul, John Ralston (2005), *The Collapse of Globalism and the Reinvention of the World*, Nueva York: Overlook Press.
- Tortosa, José María (2008a), "Cambios en el poder mundial", en *Cuadernos Sociológicos*, núm. 4, Quito: PUCE.
- Tortosa, José María (2008b), "Mal desarrollo inestable: un diagnóstico", en *Actual Marx / Intervenciones*, núm. 7, Santiago de Chile: Universidad Bolivariana, LOM Ediciones.
- Tortosa, José María (2008c), *La inseguridad humana. Mal desarrollo y*

- violencia en el sistema mundial*, Cúcuta, Colombia: Universidad de Pamplona.
- Varios autores (2007), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos* [Marco Antonio Gandásegui hijo, coord.], México: Siglo XXI y CLACSO.
- Vasapollo, Luciano *et al.* (2007), *Potencias en conflicto. La pugna por la hegemonía mundial*, Barcelona: Viejo Topo.
- Wallerstein, Immanuel (1984), *The Politics of the World Economy*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel (1992a), “Trois idéologies ou une seule? La problématique de la modernité”, en *Genèses*, núm. 9.
- Wallerstein, Immanuel (1992b), “The collapse of liberalism”, en R. Miliband y L. Panitch [eds.], *Socialist Register 1992: New World Order?*, Londres: Merlin.
- Wallerstein, Immanuel (1999), *The End of the World As We Know It: Social Science for the Twenty-First Century*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Wallerstein, Immanuel (2005), “After developmentalism and globalization, what?”, en *Social Forces*, vol. 83, núm. 3.
- Wallerstein, Immanuel (2008b), “Remembering Andre Gunder Frank while thinking about the future”, en *Monthly Review*, vol. 60, núm. 2.
- Williamson, John (2000), “What should the World Bank think about the Washington Consensus?”, *World Bank Research Observer*, vol. 15, núm. 2, Washington, DC: The International Bank for Reconstruction and Development.

Recursos electrónicos

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2008), “México 2005-2010: Obra en trece actos”, 12 de agosto de 2008. Disponible en: <<http://zapateando.wordpress.com/2008/08/12/mexico-2005-2010-obra-en-trece-actos/>> [17 de agosto de 2008].
- BBC World Service (2008), “Widespread unease about economy and globalization”, 7 de febrero de 2008. Disponible en: <www.worldpublicopinion.org/pipa/articles/btglobalizationtradera/446.php?lb=btgl&pnt=446&nid=&cid=> [9 de febrero de 2008].
- Department of Defense (2008), *National Defense Strategy*, junio de 2008. Disponible en: <<http://www.defenselink.mil/news/2008%20National%20Defense%20Strategy.pdf>> [15 de agosto de 2008].

- Frank, Thomas (2008), "The plot against liberal America", en *The New Statesman*, 14 de agosto de 2008. Disponible en: <<http://www.newstatesman.com/north-america/2008/08/liberal-state-government>> [16 de agosto de 2008].
- Galbraith, James K. (2008), "How to burn the speculators", en *Mother Jones*, septiembre-octubre. Disponible en: <<http://www.motherjones.com/news/feature/2008/09/exit-strategy-how-to-burn-the-speculators.html>> [3 de septiembre de 2008].
- Global Trade Negotiations Home Page (2003), "Washington Consensus". Disponible en: <<http://www.cid.harvard.edu/cidtrade/issues/washington.html>> [11 de septiembre de 2008].
- González Casanova, Pablo (2008), "El capitalismo organizado. Entre el orden y el caos", en *ALAI América Latina en Movimiento*, 17 de agosto de 2008. Disponible en: <<http://alainet.org/active/25814>> [25 de agosto de 2009].
- Kissinger, Henry A. (2001), "How globalization divides developing countries", en *The Globalist*, 7 de noviembre. Disponible en: <<http://www.theglobalist.com/DBweb/StoryId.aspx?StoryId=2199>> [15 de agosto de 2008].
- National Intelligence Council (2004), *Mapping the Global Future 2020*, National Intelligence Council, diciembre. Disponible en: <<http://www.foia.cia.gov/2020/2020.pdf>> [14 de septiembre de 2008].
- Real Instituto Elcano (2008), "Decimoctava oleada del barómetro del Real Instituto Elcano, junio 2008". Disponible en: <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/!ut/p/kcxml/04_Sj9SPYkssy0xPLMnMz0vM0Y_QjzKLN4k3dAoAS> [10 de agosto de 2008].
- Riggs, Fred (2000), "Globalization". Disponible en: <<http://www2.hawaii.edu/~fredr/sites.htm#globe>> [15 de septiembre de 2008].
- Rodríguez, Graciela *et al.* (2008), "La integración latinoamericana después de un nuevo fracaso de la OMC", en *Peripecias*, núm. 116, 1º de octubre, Montevideo: D3D – CLAES. Disponible en: <<http://www.integracionsur.com/americalatina/IntegLatAmFracasoOMC.pdf>>.
- Santos, Boaventura de Sousa (2008), "Lo impensable aconteció", en *Página 12*, 26 de septiembre. Disponible en: <<http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-112235-2008-09-26.html>>.
- Sutcliffe, Bob (1998), "The *Communist Manifesto* and globalization", en *Socialism and Democracy*, vol. XII, núms. 1-2. Disponible en: <<http://>>

- www.geocities.com/bobsutcl/Articles.html> [16 de agosto de 2008].
- Sutcliffe, Bob y Andrew Glyn (2003), “Measures of globalization and their misinterpretation”, en Jonathan Michie [ed.], *The Handbook of Globalization*, Londres: Edward Elgar. Disponible en: <<http://www.geocities.com/bobsutcl/Articles.html>> [16 de agosto de 2008].
- Wallerstein, Immanuel (2008a), “2008: The demise of neoliberal globalization”, en *Commentary*, núm. 226, 1º de febrero. Disponible en: <<http://fbc.binghamton.edu/226en.htm>> [10 de febrero de 2008].
- Williamson, John (2004), “A short history of the Washington Consensus”, Institute of International Economics. Disponible en: <<http://www.iie.com/publications/papers/williamson0904-2.pdf>> [15 de septiembre de 2008].

José María Tortosa. Ha sido catedrático del Departamento de Sociología II y es investigador en el Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz (www.iudesp.ua.es), Universidad de Alicante, España. Líneas de investigación: desigualdades sociales, violencias y sistema mundial. Publicaciones recientes: “Desigualdades, pobreza y globalización”, en *Ecuador Debate*, 70 (2007); “La amenaza definitiva a la paz: las armas nucleares”, en Nelson Arteaga *et al.* [coord.], *Violencia, ciudadanía y desarrollo. Perspectiva desde Iberoamérica*, México (2008); “Estados Unidos y su ‘guerra contra el terrorismo’: continuidad o cambio”, en M. Mesa [coord.], *Escenarios de crisis: fracturas y pugnas en el sistema internacional*, Barcelona (2008).

Envío a dictamen: 12 de agosto de 2009.
Aprobación: 18 de agosto de 2009.

